

LA ESCUELA DE MANCHESTER Y LA CUESTIÓN COLONIAL. UNA NOTA

Carlos Rodríguez Braun

Es evidente que con el abandono del monopolio colonial deben abandonarse también los argumentos en favor del mantenimiento de las colonias, que derivaban de dicho monopolio.

Sir William Molesworth

Los hombres de la llamada escuela de Manchester se reputaban fieles seguidores de Adam Smith en su rechazo a todo imperialismo coactivo y a toda obstrucción del mercado libre, haciendo una lectura parcial del pensamiento del economista escocés.¹ Aunque ni Richard Cobden (1804-1865), líder de los manchesterianos, ni sus seguidores propugnaron la emancipación colonial generalizada, porque preferían -y en esto sí se parecían a Smith - una unidad tipo *commonwealth* basada en la autonomía y el librecambio, constituyeron la expresión más sobresaliente del rechazo al sistema colonial inglés desde la metrópoli. En 1848 Cobden escribe a Gladstone y se queja del "ruinoso gasto colonial que hemos desembolsado hasta el presente"²: las colonias son caras e inútiles. No se trataba de liquidar completamente al imperio sino de afirmar que éste ya no podría sostenerse con la fuerza sino mediante el comercio (libre) y la paz. De esta forma, la superficie de un imperio puede a la postre conspirar contra su poder; John Bright (1811-1899), brazo derecho de Cobden, dijo en 1865: "Un gran imperio puede reducirse territorialmente sin que su poder y autoridad en el mundo se vean disminuidos"³.

Antes que un imperio, de mantenimiento tan costoso, preferían una comunidad de naciones independientes, con comercio irrestricto y bajos aranceles frente a terceros países, al estilo del zollverein prusiano.⁴

Su actitud fue objeto de críticas por quienes desaprobaban el desmantelamiento del imperio. Así se defendía Cobden: "La gente me dice que pretendo abandonar nuestras colonias; yo respondo: ¿queréis subyugar a vuestras colonias con la espada, con ejércitos y barcos de guerra? Así será imposible someterlas indefinidamente. Yo deseo retenerlas mediante su afecto,". Inglaterra no necesita una armada para proteger su comercio con Estados Unidos, con una colonia que se ha emancipado y" añade Cobden, "por su

¹ C. Rodríguez Braun, "Ambigüedad de Adam Smith sobre la cuestión colonial", *Moneda y Crédito*, Nº 171, diciembre de 1984.

² F. W. Hirst (comp.), *Free trade and other fundamental doctrines of the Manchester School*, New York, Augustus M. Kelley, 1968, p. 396.

³ J. E. T. Rogers (comp.), *Speeches by John Bright*, Londres, Macmillan, 1892, p. 79.

⁴ J. Morley, *The life of Richard Cobden*, Londres, T. Fisher Unwin, 1896, p. 84.

independencia debemos dar gracias al cielo: jamás habría llegado a ser tan buen cliente si la aristocracia inglesa hubiese preservado tal campo de patronazgo para sus hijos"⁵. No les ilusionaba la expansión imperial por sí misma. En fecha tan temprana como 1848 un ilustre manchesteriano, Sir William Molesworth (1810-1855), propuso al parlamento británico "que se reconozca la reclamación de Buenos Ayres sobre las Islas Falkland".⁶

En cuanto a Irlanda, se inclinaban por la eliminación de los latifundios, la abolición de la primogenitura jurídica y la protección del arrendatario. "En otras palabras", resume Cobden, "yo entregaría Irlanda a los irlandeses". Bright comenta: "La verdadera solución estriba en arrebatar las tierras de las manos de quienes son sus poseedores nominales, pero no reales".⁷

Cobden atacó al imperialismo inglés en la India; a raíz del motín de los cipayos en 1857 sentenció: "Todo el esquema de nuestro gobierno en la India se basa en el supuesto de que los nativos estarán dispuestos a ser instrumento de su propia humillación". Y en línea con lo que Jeremías Bentham había argumentado a los españoles cuatro décadas antes, expone Cobden la incompatibilidad de la libertad en Inglaterra con el despotismo en la India: "¿Cómo haremos para mantener en el futuro un dominio despótico sobre cien millones de asiáticos [...] y preservar la libertad en nuestra patria? La tarea de gobernar despóticamente a millones de personas a doce mil millas de distancia no puede ser acometida por un gobierno constitucional". Y su conclusión es: "Feliz será el día en que Inglaterra no tenga un acre de tierra en el Asia continental".⁸

⁵ F. W. Hirst, op. cit., p. 303; J. E. T. Rogers, op. cit., p. 476.

⁶ P. W. Hirst, op. cit., p. 414. A raíz de la guerra de las Malvinas, la intervención de Molesworth ha sido comentada por M. Gainza, «No time for bitterness towards my Argentina», *The Daily Telegraph*, 20 de julio de 1982. E. A. Zaldueño, "La propuesta de sir William Molesworth sobre el destino de las islas Malvinas», *La Prensa*, 9 de junio de 1982, y C. Rodríguez Braun, «Los otros ingleses», *Resumen*, Madrid, noviembre de 1982. H. Spencer también destacó la insignificancia que para el comercio representaban «las colinas desoladas de las islas Falkland»; H. Spencer, *Social statics*, New York, Augustus M. Kelley, 1969, p. 362.

⁷ D. Read, *Cobden and Bright*, Londres, Edward Arnold, 1967; J. E. T. Rogers, op. cit, p. 161.

⁸ J. Morley, op. cit., pp. 433-434, 436 y 438. Sin embargo, no abogaba por la emancipación inmediata, la que virtualmente nadie defendía. Los hombres de Manchester llegaron a apoyar la realización de obras públicas en la India, a la que estimaban mucho como mercado y fuente de materias primas, pero no como colonia. Véanse S. Ambirajan, *Classical political economy and British policy in India*, Cambridge University Press, 1978, p. 60; R. J. Moore, "Imperialism and 'free trade' policy in India, 1853-54", *Economic History Review*, S. S., vol. XVII, Nº 1, 1964, pp. 135-136; R. D. C. Black, "Economic policy in Ireland and India in the time of J. S. Mill", *Economic History Review*, S. S., vol. XXI, Nº 2, agosto de 1968.

Al anticolonialismo e inconformismo (pese a que Cobden y Bright eran religiosos), añadían los hombres de Manchester el antimilitarismo y el pacifismo. Estas últimas actitudes son, como se sabe, particularmente difíciles de defender en tiempos bélicos: la guerra de Crimea fracturó a los liberales y Cobden fue abrumado con acusaciones de traición.⁹ Los liberales sufrieron una gran desilusión al ver hasta qué punto el pueblo inglés aplaudía las guerras coloniales,¹⁰ desengaño análogo al que experimentarían los socialistas, al comprobar la fuerza del nacionalismo en las masas proletarias, presuntamente "sin patria".

Los manchesterianos apoyaban la expansión del comercio mundial pero rechazaban los métodos victorianos, las campañas militares y la anexión de territorios. No proponían el abandono unilateral de las colonias sino su mayor autonomía y mejor administración, que preparasen el camino hacia la independencia, que ellos veían inevitable.

Es interesante apuntar que los miembros de la escuela de Manchester no eran teóricos. Los argumentos que esgrimieron en contra del imperialismo -y en general en favor del liberalismo - los obtuvieron todos de la economía clásica, en particular de Smith, como ya se ha dicho, y del utilitarismo benthamita. Así, el rechazo al antiguo sistema colonial mercantilista y el apoyo a una comunidad de naciones autónomas, el énfasis en las ventajas del libre comercio en un contexto de paz entre todos los países del mundo, la noción de que el colonialismo comporta gastos innecesarios, estimula indeseables conflictos internacionales, favorece el despotismo en el exterior y la corrupción en el interior, la crítica al régimen de la propiedad de la tierra en Irlanda, etc., todo esto había sido proclamado ya por los clásicos.

Sin embargo, los economistas clásicos incorporaron también otras ideas que relativizaban algunas de las posiciones antes mencionadas. Hace varias décadas ya que especialistas en la historia de las doctrinas económicas -Robbins, Viner y otros - han denunciado el generalizado error de considerar a los clásicos como rígidos propagandistas del *laissez faire*. A esta aclaración hay que agregar que tampoco fueron

⁹C. B. R. Kent, *The English radicals*, New York, Burt Franklin, 1971, p. 378; J. Morley, op. cit., p. 325; S. Gordon, "The London Economist and the high tide of laissez faire", *Journal of Political Economy*, vol. 63, N° 6, diciembre de 1965, p. 465. Francis W. Hirst, mencionado en notas anteriores, renunció en 1916 a la dirección del *Economist* porque su equipo no lo secundó en su condena a la Gran Guerra: "Our birthday game", *The Economist*, 6 de enero de 1984, p. 15. Ante la guerra civil norteamericana los manchesterianos simpatizaron en general con los nordistas - la aristocracia británica tendió a apoyar al Sur-, aunque reclamaron al gobierno una absoluta neutralidad. En una ocasión, el pacifismo (y la visión del interés inglés) de Cobden superó a su liberalismo, y se opuso a que el gobierno ruso contratase un préstamo militar en el mercado de Londres. Yo creo en el libre comercio, aseguró Cobden, pero no para cortar cuellos, véase W. D. Grampp, «Adam Smith and the American revolutionists», *History of Political Economy*, vol. 11, N° 12, verano de 1979, p. 182.

¹⁰D. Read, op. cit., p. 201. Véanse los interesantes comentarios de L. Robbins sobre el error optimista de los liberales en política internacional en su *Money, trade and international relations*, Londres, Macmillan, 1971, pp. 254-255. También B. Russell, *Libertad y organización*, México, Finisterre Editores, 1975, p. 141. Grampp ha hecho notar irónicamente que la creencia en que el comercio libre aseguraba ineluctablemente la paz era ricardiana y que "parece ser la única idea de Ricardo utilizada por Cobden"; W. D. Grampp, *The Manchester school of economics*, California, Stanford University Press, 1960, p. 7. Sobre el optimismo internacional de David Ricardo pueden verse sus *Principles of political economy and taxation*, Cambridge University Press, 1951, pp. 133-134.

estos economistas tan anticolonialistas como se ha creído: desde luego lo fueron menos que los hombres de Manchester.

La preocupación clásica ante el espectro malthusiano los llevó a favorecer la colonización como vía de salida de población excedentaria. Cuando apareció en los albores de la década de 1830 un proyecto colonizador que no requería ser financiado por caudales públicos, la economía clásica -que había mantenido inicialmente una actitud más bien hostil hacia el imperio - se pasó con armas y bagajes a la nueva "colonización sistemática" de E. G. Wakefield. Un importante economista escribió: "Antes de que hubiesen pasado cinco años, las mejores mentes de Inglaterra se habían identificado con la causa de la colonización".¹¹ No se trataba sólo de argumentos demográficos o económicos. En muchos economistas latía también el apostolado benthamita: las colonias proporcionaban campo abierto para la reforma legal y constitucional, que era un deber de las naciones adelantadas proporcionar generosamente a las más atrasadas. Toda esta línea de pensamiento moderaba las posturas antiimperialistas y separaba a los economistas de los *free traders* de Manchester.

Si bien es cierto que hubo economistas influidos por los manchesterianos que tendían a desconfiar del patriotismo, al que interpretaban como disfraz de intereses privados, el nacionalismo prendió en muchos economistas clásicos, que procuraron desmarcarse de los librecambistas, a quienes condenaban por su cosmopolitismo exagerado. Así resumió el nacionalista R. Torrens su desprecio por la actitud de la escuela de Manchester hacia la cuestión colonial: "Venderían el Canadá a cambio de una bala de algodón".¹²

¹¹ J. E. Cairnes, *Political essays*, New York, Augustus M. Kelley, 1967, p. 39; el único economista clásico que se opuso fue McCulloch; véase D. P. O'Brien, J. R. McCulloch. *A study in classical economics*, Londres, George Allen & Unwin, 1970, p. 342.

¹² W. D. Grampp, "On the politics of classical economists", *Quarterly Journal of Economics*, vol. LM, noviembre de 1948, p. 746; F. W. Fetter, "Robert Torrens: colonel of marines; and political economist", *Economica*, N. S., vol. XXIX mayo de 1962, p. 162.